

Tendencias y causas del conflicto armado

Dan Smith

Tendencias y causas del conflicto armado

Dan Smith

Dan Smith es Director del Instituto Internacional de Investigación sobre la Paz, de Oslo (PRIO) desde 1993. Sus libros más recientes son “El atlas del estado del mundo” (1999) y “El atlas del estado del mundo” (1997). También es autor y coautor de otros cinco libros y de más de setenta artículos en revistas académicas y antologías. Sus intereses de investigación actuales se centran en las causas de los conflictos armados y en la ética de la intervención humanitaria. Es Presidente del Consejo del Instituto para la Información sobre la Guerra y la Paz, de Londres.

The Berghof Handbook for Conflict Transformation
July 2000 © Berghof Research Center for Constructive Conflict Management
ISSN 1616-2544

Traducción de los partes principales del Artículo – ‘Tendencias y causas del conflicto armado’, publicado en el « Berghof Handbook for Conflict Transformation ».

Agradecemos la traducción a la Fundación Friedrich Naumann. La fundación ha traducido este texto en el año 2002 para incorporar el tema en sus cursos internacionales Prevención de conflictos y gestión de conflictos.

1. Introducción

Desde el comienzo del año 1990 hasta finales del 1999, se produjeron 118 conflictos armados en el mundo, incluyendo 88 estados y dos regiones paraestatales, conflictos que resultaron en la muerte de casi seis millones de personas. Si deseamos prevenir la escalada de un conflicto hacia una confrontación armada o, si eso no fuese factible, por lo menos obtener un cese el fuego lo antes posible, y si deseamos potenciar la posibilidad de evitar un retorno a la guerra después de una aparente resolución del conflicto, antes que nada debemos cerciorarnos de que comprendemos cabalmente a los conflictos armados y sus causas.

Este artículo pretende ofrecer una visión panorámica de lo que se conoce y se entiende acerca de las causas de los conflictos armados. El fundamento teórico de este conocimiento es tan importante como limitado. Es limitado puesto que no brinda una explicación general del fenómeno de conflicto armado, lo cual, tal vez, no sea sorprendente, dada la gran complejidad y diversidad del tema. Es importante puesto que ofrece valiosas orientaciones para el análisis de los conflictos individuales y sus posibilidades de escalada, así como para indagar vías de prevención de escalada violenta. A la luz de las limitaciones del conocimiento teórico actual y de los objetivos de este manual, es decir, ayudar al desarrollo y divulgación de conocimientos prácticos, la discusión teórica en este artículo será relativamente breve. Y se hará hincapié no tanto en la teoría sino en la metodología utilizada para estudiar y analizar el conflicto armado.

El artículo comienza discutiendo la incidencia y naturaleza de los conflictos armados en la década de los 90. Luego pasa en revista los conocimientos teóricos actuales con el fin de aportar no sólo un panorama general sino también una fuente para futuras referencias. Luego aborda el tema metodológico. Un elemento clave es que no sólo existe una gran variedad de causas de conflictos armados sino también distintos tipos de causa. Lo cual exige diferentes tipos y niveles de teoría y análisis. Por tanto los asuntos metodológicos son también, en parte, tipológicos, es decir, atañen la organización de la teoría y de los datos. El artículo prosigue identificando a la pareja de conceptos “justicia y movilización” como la mejor manera de vincular distintos tipos y niveles de causas, así como de conectar el corto y el largo plazo, y de relacionar el contexto socioeconómico con los acontecimientos políticos. El ejemplo ilustrativo que se estudia con mayor detenimiento es el caso de la categoría de “conflicto étnico”.

2. Conflictos armados en los años 90

Se define a los conflictos armados como confrontaciones abiertas y armadas entre dos o más partes centralmente organizadas, con continuidad de enfrentamientos, y en disputas sobre el poder gubernamental y territorio. De los 118 conflictos armados ocurridos entre 1990 y finales de 1999, diez pueden definirse estrictamente como conflictos interestatales. Si bien es este tipo de conflicto que suele acaparar las primeras planas y moldear la visión de la opinión pública sobre las guerras contemporáneas, en realidad constituyen actualmente un porcentaje relativamente menor del total de guerras. Cinco de los conflictos armados pueden definirse estrictamente como “guerras de independencia”, aun cuando los rebeldes en muchos otros conflictos bélicos también gustan definirse así. Cien de las guerras eran principal o exclusivamente conflictos internos. El hecho de tener que recurrir a este tipo de terminología bastante inexacta constituye de por sí un reconocimiento de que muchas guerras son intrínsecamente difíciles de categorizar. Por ejemplo, dos guerras que no se incluyeron en el total de cien, en 1999 y 2000, eran asuntos exclusivamente internos a Etiopía en casi todos sus aspectos, salvo que la mayoría de los combates se produjeron en el territorio de Somalia, su vecino. Mientras que la guerra en la República Democrática del Congo (antigua Zaire) entre 1998 y 2000, forma una categoría especial de tipo transnacional. Se trataba, parcialmente, de una guerra civil sobre el mantenimiento o no en el poder del presidente Laurent Kabila, pero también parcialmente era una guerra internacional sobre poder e influencia regionales. Angola, Chad, Namibia, Sudán y Zimbawbe se aliaron con las tropas del presidente Kabila, mientras que Ruanda y Uganda lucharon contra ellos y, en el 2000, también entre sí.

Cuadro 1: Conflictos armados 1990-1999

Región	1990	1991	1992	1993	1994	1995	1996	1997	1998	1999
Asia y el Pacífico	21	21	25	24	23	21	22	24	19	20
América Central y del Sur	7	6	5	3	4	5	4	3	3	2
Africa del Norte y Oriente Medio	7	8	8	9	9	9	8	8	6	4
Africa sub-Sáhara	17	22	18	18	23	21	18	19	18	16
Europa	4	10	12	8	6	4	2	3	3	5
TOTALES	56	67	68	62	65	60	54	57	49	47

Como este cuadro N° 1 indica, el total anual global de conflictos armados aumentó fuertemente a principios de los años 90, de 56 en 1990 (y 47 en 1989) a 68 en 1992. En esa época el optimismo inicial producido por el fin de la guerra fría fue suplantado por un nuevo pesimismo, como reacción ante la aparentemente imparable nueva oleada de

conflictos en la era de la posguerra fría. Sin embargo, posteriormente el número de conflictos armados se fue estabilizando e incluso, más tarde, disminuyó. El total de 118 guerras en el período 1990-1999 se desglosa de la siguiente manera: 100 son principalmente guerras civiles; 2 son esencialmente guerras civiles; 5 son guerras de independencia; 6 son guerras interestatales; y 1 es guerra transnacional.

Los nuevos conflictos violentos en Europa (incluyendo a Rusia, Turquía y el Cáucaso) explican los dos tercios del aumento en la incidencia anual de guerras durante los primeros años de la década de los 90. En aquel entonces, esa región era una de las más violentas del mundo. Igualmente, el declive del número anual de conflictos armados después de 1992 también se debió en gran medida a cambios ocurridos en Europa, hasta el bajón particularmente pronunciado entre 1997 y 1998. El aumento de conflictos violentos en Europa estuvo, por su parte, muy concentrado en las regiones de los Balcanes y del Cáucaso, en el marco del proceso de desintegración de Yugoslavia y de la Unión Soviética. El hecho que aquel estallido de comienzos de los años 90 ya se haya calmado sugiere que la proliferación de guerras en Europa en esa época, contrariamente a lo que muchos comentaristas temían, no inauguraba una nueva era de conflictos violentos en el continente. En realidad, dichos conflictos eran los síntomas trágicos y violentos del reajuste social, económico y político tras el colapso de los sistemas de poder en Yugoslavia y en la Unión Soviética. A medida que dichos ajustes se iban asimilando, tanto a escala nacional como internacional, sus consecuencias afortunadamente se tornaban menos dramáticas y menos violentas.

Sin embargo cabe matizar el optimismo de esta conclusión recordando dos datos. Primero, a escala global, los antiguos conflictos persisten: el 66% de los conflictos activos en 1999 databan de más de cinco años, y el 30% de más de veinte. Estos conflictos duraderos han resultado de muy difícil solución. Por tanto, el mundo no está necesariamente entrando en una nueva y más pacífica era. Segundo, en Europa, la mayoría de los conflictos comenzados a finales de los años 80 y comienzos de los 90, si bien no están actualmente activos, no fueron realmente dirimidos. En realidad están sólo suspendidos.

La diferencia entre conflictos “dirimidos” y “suspendidos” es fundamental para comprender el problema del conflicto armado hoy día. El paisaje de la política internacional se ve desfigurado por guerras que reanudan no sólo tras haberse firmado los alto el fuego sino incluso después de haberse celebrado acuerdos de paz. En los últimos diez años se pueden incluir en esta categoría de guerras que han vuelto a comenzar, incluso después de haberse firmado alto el fuego o acuerdos de paz, los casos de Angola, Burundi, Camboya, Chechenia, Croacia, la República Democrática del Congo, Eritrea y Etiopía, Kosovo, Liberia, Filipinas, Ruanda, Sierra Leona, y Sri Lanka. A menudo la reanudación de hostilidades es más feroz y destructora que antes, y casi siempre con un altísimo coste entre la población civil.

Los motivos de reanudación de una guerra son múltiples pero pueden agruparse en cuatro categorías. Primero, la ausencia de sinceridad de una o ambas partes (el caso del RUF de Sierra Leona, por ejemplo, al que no se le puede tener confianza a la hora de acatar acuerdos).

Segundo, la desilusión de una o ambas partes. Para observadores externos, este caso puede parecer igual al anterior, es decir, la insinceridad. Pero existen ejemplos en los cuales la aceptación por una parte de un acuerdo de paz es bajo condiciones, si bien éstas no se manifiestan públicamente o en el documento de paz. En ciertos casos, una

parte tiene grandes expectativas de ganar las elecciones de posguerra, y por ello firma el acuerdo. Pero si las expectativas no se realizan, relanzan la guerra. Un ejemplo es el caso de UNITA, en Angola.

Tercero, desacuerdos internos o incluso fragmentación en el seno de uno o ambos bandos. Desde fuera, este supuesto puede parecer, una vez más, un caso de insinceridad. A menudo los acuerdos de paz sacan a relucir tensiones y disensiones internas en cada bando. La unidad se mantenía en aras de la guerra, pero se desmorona si cunde la paz. Incluso la perspectiva inminente de la paz puede ser vista como una amenaza por un sector de la coalición que constituye una parte en el conflicto, puesto que malogra su capacidad de obtener otros objetivos a largo plazo. Dos ejemplos ilustrativos: las facciones que se separaron del IRA en Irlanda del Norte, o el rechazo del proceso de paz en Israel y Cisjordania por los militantes de ambos bandos (israelíes y palestinos).

Cuarto, la persistencia de las causas subyacentes del conflicto armado. Si no se tratan las raíces profundas del conflicto, los esfuerzos de reconstrucción están condenados a ser simplemente cosméticos. La mayoría de los observadores estiman que, cinco años después del Acuerdo de Dayton para acabar la guerra en Bosnia-Herzegovina, existe un gran riesgo de reanudación de las hostilidades si se retirasen las fuerzas internacionales de mantenimiento de la paz.

La fundamental inestabilidad de los acuerdos de paz es una de las principales razones que explican un rasgo característico de la guerra contemporánea: la gran cantidad de conflictos duraderos. Otra razón por la cual muchas guerras contemporáneas duran muchos años es la relativa debilidad de las fuerzas rebeldes. La guerrilla puede controlar el ritmo y la intensidad de los combates, decidiendo dónde y cómo atacar. Y, salvo si las fuerzas gubernamentales son capaces de localizar objetivos clave y lanzar campañas de prevención, el resultado son guerras largas y limitadas, un sordo rumor de fondo con estallidos intermitentes.

Por dichos motivos, las zonas de combate suelen estar circunscritas a una región del país. Es perfectamente posible para periodistas, políticos, investigadores, empresarios, diplomáticos, expertos del Banco Mundial y otros visitantes acudir a la capital de un país en guerra y ni siquiera ser conscientes de la situación. Y dado que muchos conflictos armados son geográficamente muy locales y de baja intensidad durante largos períodos de tiempo, tampoco interesan mucho a los principales medios de comunicación internacionales. Este tipo de conflicto no suele producir acontecimientos claros como una gran victoria, un triunfo o un desastre. Sencillamente persisten como tortura lenta para los involucrados. Pero tampoco hay que pensar que no pueden súbita y ferozmente intensificarse. Cuando esta forma de escala ocurre, los observadores internacionales tienen la impresión que surgió de la nada. Tal fue, por ejemplo, la reacción inicial ante las masacres en Ruanda, en 1994. En realidad, dichas masacres se inscribían en un contexto histórico de repetidos ciclos de asesinatos masivos. Y además hoy sabemos que ya existían muchos signos sobre la inminente tragedia, signos que fueron ignorados hasta demasiado tarde.

3. Teorías de las causas del conflicto

La decisión de tomar las armas es un proceso complejo que involucra a muchos protagonistas en una amplia gama de condiciones y circunstancias. Por ende, la historia del estallido de una guerra es generalmente compleja y el historiador debe matizar bien

sus prioridades sobre que factores subrayar y que tipo de datos manejar con confianza. Si se desea elaborar explicaciones teóricas de las causas del conflicto armado como fenómeno general requiere analizar variables múltiples e interdependientes. Y este enfoque también se aplica si nos limitamos al período más limitado de la posguerra o incluso a los años posteriores al fin de la guerra fría. El tema es todavía más complicado puesto que existen muy pocas condiciones necesarias para la guerra pero muchas condiciones suficientes, de las cuales sólo algunas se aplican a tal o cual conflicto concreto. La guerra es posible simplemente en cuanto existan armas para combatir y cuando exista una disputa entre dos o más partes. Sin embargo, la cuestión de la probabilidad de la guerra es mucho más compleja.

(..) En general, la investigación anterior a 1990 sobre las causas del conflicto armado se centraba en conflictos internacionales. Lo cual no deja de ser sorprendente puesto que, por lo menos desde 1945, los conflictos civiles o internos ya eran mucho más comunes que los internacionales o interestatales. Sin embargo, la importancia relativa de los conflictos internos o civiles desde la óptica global sólo fue reconocida ampliamente a partir del fin de la guerra fría. (..) Desde 1990, por el contrario, ha habido un gran aumento en el ámbito de la investigación y la publicación académicas sobre las causas de conflictos armados que no confrontan a dos o más estados establecidos. (..)

Se pueden sacar las siguientes conclusiones generales de la investigación reciente:

- Las condiciones de pobreza económica son las principales causas de los conflictos armados intraestatales duraderos en la actualidad;
- Los sistemas políticos represivos también son propensos a generar guerras, sobre todo en períodos de transición;
- La degradación de recursos renovables (en particular la erosión de suelos, la deforestación y la escasez de agua) también pueden contribuir de manera significativa a la probabilidad de conflictos violentos, pero en general no son un elemento tan crucial como las condiciones políticas y económicas;
- Por sí sola, la diversidad étnica no es motivo de conflictos armados, pero las partes en conflicto se definen a menudo por su identidad étnica.

4. Causas de fondo y factores visibles

Las teorías de las ciencias sociales acerca de las causas del conflicto armado se centran en las condiciones de fondo y las causas profundas para elaborar explicaciones generales. Sin embargo dichas teorías no merecen más respeto que cualquier otra generalización razonable. Se basan en generalizaciones estadísticas pero casi siempre existen excepciones. Por ejemplo, los países pobres y no democráticos son particularmente propensos al conflicto armado, pero existen muchos conflictos armados en países que no son ni los más pobres ni los más represivos del mundo. Y existen muchos países que son extremadamente pobres y represivos donde no cunde la guerra.

Uno de los problemas de la bibliografía académica es que tiende a preguntarse cuál es la causa más importante del conflicto armado. Pero, en la mayoría de los casos, tal enfoque se presta a malentendidos. El asunto no es tanto qué causa es más importante que las

otras, sino cómo se relacionen entre sí las distintas causas. Especialmente erróneo es el intento de forzar la opción entre explicaciones económicas o políticas del conflicto bélico. Las explicaciones centradas en las deficiencias económicas y la degradación medio ambiental discuten como las dificultades de la gente en obtener los elementos básicos de la vida pueden conducir al conflicto. El conflicto armado puede desarrollarse rápidamente si muchas personas piensan no sólo que es un medio legítimo sino el único para garantizar las necesidades básicas. En otras palabras, la gente piensa que vive una situación injusta y que debe rectificarla con las armas. Sin embargo, muchas personas no toman este tipo de decisión de manera espontánea. En realidad, se movilizan políticamente, medida que los dirigentes se granjean su simpatía y su convencimiento, su lealtad y su compromiso. Y luego se les persuade y se les exhorta a guerrear. Por consiguiente, ningún análisis adecuado del conflicto violento y de su escalada o recaída puede soslayar la dimensión política. (...)

Si bien las teorías de las ciencias sociales tienen una visión de largo plazo, en la política predomina el cortoplazismo. Por tanto, todo intento por comprender al conflicto armado como fenómeno global debe abarcar la amplia realidad socioeconómica; pero los esfuerzos de análisis de un conflicto armado concreto deben centrarse en la política y en las acciones de individuos y organizaciones concretas. (...)

En otras palabras, además de las explicaciones estructurales de largo plazo, es indispensable abordar el tema político. El gran filósofo militar prusiano Clausewitz (1832-1876) define a la guerra como “un acto de fuerza para obligar al enemigo a acatar nuestra voluntad”. Keegan (1994) estima que dicha definición induce a error puesto que soslaya la influencia de la cultura sobre el cómo y el porqué la gente decide hacer la guerra. Sería, en efecto, un error permitir que Clausewitz domine la exploración de las causas de la guerra; pero las causas de fondo sólo conducen los acontecimientos hacia la guerra a través de la política. Las guerras son asuntos conscientes y decididos conscientemente. La explicación de sus causas debe abarcar tanto el fondo como la superficie de las cosas, tanto las causas estructurales como los factores situados en la esfera de las decisiones tomadas por protagonistas políticos. En resumidas cuentas, una explicación pormenorizada de las causas del conflicto armado debe combinar ambos niveles y tipos de análisis.

5. Metodología y tipología

Dessler (1994) constituye un buen punto de referencia para ese tipo de análisis con múltiples niveles. Según Dessler la gran variedad de causas potenciales de conflictos armados no sólo manifiesta diferencias de causas sino también de tipos de causa. Para clasificarlas propone una tipología de cuatro categorías. En el cuadro analítico que se presenta a continuación se recapitulan los argumentos de Dessler (con unos pequeños cambios de terminología y una modificación de contenido):

Cuadro 2: La tipología cuatripartita de Dessler sobre causas y tipos de causa (enmendada por Smith)

Causas de fondo (o “canales” en Dessler, 1994) son las fundamentales diferencias “políticas, sociales, económicas o nacionales” que existen a nivel de grupo (y no individual). Se trata de diferencias tales como la exclusión de ciertos grupos del poder, el favorecer sistemáticamente a otros grupos, los desniveles económicos regionales. Se

trata, pues, de los elementos básicos de la estructura social y política. Para explorarlas se deben indagar las causas de fondo y las condiciones subyacentes del conflicto.

La estrategia de movilización (“dianas” en Dessler, 1994) son tanto los objetivos de los principales protagonistas políticos como (y aquí difiere de Dessler) la manera en la cual buscan obtener dichos objetivos. En otras palabras, cuando se analiza la estrategia de movilización se aborda toda la gama del comportamiento político, incluyendo cómo se conceptualizan los grandes temas álgidos y cómo son presentados. Por consiguiente, se indagan las causas por las cuales la gente combate y cómo ellos mismos comprenden su propia causa.

Los factores desencadenantes son elementos que afectan los plazos del comienzo del conflicto armado. Si bien no nos permiten explicar por qué comenzó un conflicto, si dejan claro por qué comenzó en tal o cual momento. Frecuentemente se trata de acontecimientos o acciones realizadas por protagonistas importantes, que reducen las opciones y hacen menos atractivos a los enfoques pacíficos comparados con los violentos.

Los catalizadores son factores que afectan la intensidad y la duración del conflicto. Pueden ser de tipo interno, tales como el equilibrio militar entre bandos antagónicos, o externos, tales como la intervención de la ONU. Pueden incluir asuntos tácticos (por ejemplo, si los insurgentes evitan o no atacar zonas de civiles), o fenómenos naturales tales como las características del terreno, las temporadas o el clima. Pueden ser factores materiales, tales como la disponibilidad de armas, o elementos menos concretos pero igualmente importantes como las opiniones culturales sobre cómo conducir una guerra.

Esta tipología traslada el énfasis de las condiciones de fondo hacia los actores, y viceversa. No ofrece una teoría causal sino un enfoque que permite organizar las teorías. Indica qué ángulos explorar y sugiere maneras de elaborar el análisis de casos de escalada de conflictos individuales. Las primeras dos categorías (causas de fondo y estrategias de movilización) son fundamentales para todo intento de prevención de escalada de conflictos. La última categoría (los catalizadores) puede ser igualmente importante a la hora de intentar acabar con la violencia.

6. Injusticia y movilización

Existen dos conceptos que, juntos, configuran el punto de intersección entre las causas de corto y largo plazo, donde los protagonistas políticos abordan los factores estructurales de fondo. Se trata de los conceptos de justicia y de movilización.

La combinación de condiciones económicas pobres y la ausencia de aperturas políticas produce una doble injusticia. La movilización política se desarrolla en torno al tema de la injusticia: las personas se comprometen con una causa porque creen que es justa, o por lo menos, porque piensan que podría remediar a la injusticia que perciben en sus propias circunstancias. El material básico de la movilización política es, pues, ese sentimiento aprovechable de injusticia que surge de las divisiones subyacentes de poder y bienestar entre distintas capas de una sociedad o entre países diferentes.

Cabe puntualizar algunas distinciones a esta altura de la argumentación. No se trata de decir, por ejemplo, que el líder yugoslavo Slobodan Milosevic actuó como lo hizo debido a su ardiente sentimiento de injusticia sobre la condición de los serbios. Al contrario, los

datos demuestran que estaba más bien interesado en perpetuar su propio poder y el de un pequeño grupo unido en torno a su liderazgo. Pero la retórica de Milosevic está llena de referencias a las injusticias sufridas por los serbios. Desde 1987 machacaba repetidamente las quejas serbias. Independientemente de si sentía o no tales injusticias, ciertamente sabía como explotar el concepto. En esta vertiente de su carrera política, Milosevic es un arquetipo. Supo manipular eficazmente el sentimiento explotable de injusticia.

La idea que la injusticia es un factor de motivación del conflicto armado ha sido impugnado por quienes subrayan “no tanto el bullicioso discurso de las quejas sino la sorda fuerza de la avaricia” (Collier, 1999). (...) El argumento sobre la injusticia versus la avaricia puede resumirse y ser puesto en perspectiva si nos preguntamos: ¿la avaricia de quién? y ¿las quejas de quién? Que Milosevic persiguiese ávidamente el poder, por ejemplo, no significa que los serbios no sintiesen injusticias. Es decir, no es ineludible escoger entre una u otra variable de explicación (avaricia versus injusticia). Al contrario, suelen ser elementos de la movilización política de carácter complementario y que se refuerzan mutuamente.

7. Etnias y conflicto

Para ilustrar las secciones precedentes y explorar sus consecuencias analíticas, es útil estudiar en más detalle una categoría conocida en la bibliografía académica y en los comentarios populares como “conflictos étnicos”. Esta frase da a entender que, en la disputa, no sólo participan grupos étnicos diferentes sino que dicha diferencia étnica es de por sí crucial para el conflicto. Lo cual implica no sólo a descripción de por lo menos una de las partes sino además una asignación de la diferencia étnica como por lo menos una causa (cuando no la causa principal) del conflicto.

La definición de diferencia étnica es muy controvertida y notoriamente difícil de dilucidar. Las generalizaciones son particularmente arduas amén de erróneas puesto que la identidad étnica se asienta sobre bases sumamente variopintas. Los ejemplos son múltiples: los grupos se autoidentifican como un grupo étnicamente unido mediante una combinación de indicadores tales como el lenguaje, el color de la piel, la religión, la ubicación geográfica o la historia. Lo fundamental en la constitución de una identidad étnica particular no es tanto experiencias históricas, mitos y creencias religiosas compartidas como tales. Estos factores sólo se tornan decisivos cuando existe una percepción común que estima que dichos factores distinguen significativamente a los miembros de un grupo de personas de otros grupos. Dos factores que pueden fomentar este tipo de percepción compartida son las experiencias de discriminación (comparado a los otros grupos) y la movilización política deliberada en defensa de los supuestos intereses del grupo.

En el conflicto de los Balcanes en los años 90, los diplomáticos y los políticos de las potencias extranjeras estimaban, al comienzo, que el problema podía resolverse mediante severas acciones de corte diplomático, mediante una seria llamada al orden y un rapapolvo sobre los nudillos. Como si no existieran causas subyacentes más profundas que la mera irresponsabilidad. Cuando dicho enfoque demostró ser completamente erróneo, diplomáticos y políticos extranjeros buscaron raíces más profundas, pero que luego resultaron inexactas. Por ejemplo, el secretario de estado norteamericano Warren Christopher declaró que la guerra en Bosnia-Herzegovina se debía a “antiguos odios étnicos”. Otros comentaristas culpaban a la sangre caliente de los

pueblos de los Balcanes... Implícita en estas declaraciones (pero no siempre en el uso del concepto de “conflicto étnico”) está la idea de que no se puede hacer mucho para resolver esos conflictos o para ayudar a esos pueblos.

Este tipo de argumento maneja los mismos términos y a veces saca las mismas conclusiones que los protagonistas en conflictos étnicos. Por ejemplo, Kaufman (1996) concluye que las guerras civiles étnicas sólo pueden acabarse mediante la separación forzada de las poblaciones respectivas. Esto es lo que se llama, en otros contextos, “limpieza étnica” y parece coincidir con lo que los mismos “limpiadores étnicos” piensan, es decir, que cada cual es de un grupo (por ejemplo, serbio) o de otro (por ejemplo, bosnio), sin aceptar la posibilidad de que existan muchos retoños de matrimonios mixtos.

Dejando de lado las cuestiones morales, las deficiencias intelectuales de este enfoque de las causas del conflicto son claramente expuestas en las declaraciones citadas anteriormente, con sus tipologías abstractas: las explicaciones que recurren a conceptos como los “antiguos odios étnicos” o la “sangre caliente” de los pueblos balcánicos cometen tres errores acerca del presente (y normalmente muchos más acerca del pasado). Es decir, comprenden la etnicidad exclusivamente como causa de fondo, como la única causa de fondo, y además soslayan el papel que pueden desempeñar otros tipos de causa. Y sobre todo, olvidan completamente el tema de la movilización estratégica.

El error no es tanto considerar las diferencias étnicas como una división social subyacente y, por tanto, como una causa de fondo. Más bien, el error consiste en soslayar la cuestión de cómo dicha división profunda desemboca en las condiciones para la guerra. Numerosos estudios han demostrado que, efectivamente, las diferencias étnicas frecuentemente están imbricadas en los conflictos y que muchos individuos implicados piensan que dichas diferencias son el principal motivo del enfrentamiento. Este punto es importante, pero no es suficiente puesto que, como ya se mencionó, no son necesariamente los países más étnicamente diversos que son más propensos al conflicto violento. Lo cual implica que, incluso en situaciones de conflicto armado entre etnias diferentes, no se puede analizar la situación correctamente centrándose exclusivamente en la cuestión étnica. Los resultados de la investigación cuantitativa citada precedentemente subrayan la importancia de las condiciones económicas y del sistema político. Por consiguiente, es sensato examinar otras causas de fondo además de la etnicidad.

Un segundo cambio de enfoque es igualmente necesario: estudiar la movilización política. La dimensión étnica suele ser un elemento central de la identidad del grupo y, por tanto, un potente factor de prejuicios. Como tal, puede ser fácilmente manipulado por dirigentes políticos que desean movilizar a la población, sobre todo cuando la sociedad pasa por una fase de cambios socioeconómicos de gran envergadura. Es durante esos períodos que las políticas nacionalistas suelen emerger.

El nacionalismo es una ideología política que reivindica la congruencia territorial entre estado y nación. Pero es algo más también: es una compleja reacción social, cultural, intelectual y emocional frente a la desestabilización socioeconómica y política. Dicha desestabilización puede ser el resultado del impacto de la modernidad, de la imposición de un dominio colonial o del colapso del socialismo de estado. Se puede argüir que la creación de un mercado mundial único, el impulso principal del proceso conocido como globalización, tiene un efecto desestabilizador similar. Las consecuencias de la globalización sobre el etnocentrismo y el nacionalismo son ambivalentes. Por un lado, es una fuerza que homogeneiza las culturas y estilos de vida, y fomenta una consciencia

cosmopolita. Por otro lado, la rauda relocalización de las inversiones de capital y la integración mundial de los mercados generan nuevos vencedores y perdedores, lo cual puede conducir a la fragmentación y marginación de algunos grupos étnicos o nacionales, así como a una reacción contra la homogeneización cultural.

La desestabilización social que estos enormes y ciegos procesos históricos pueden producir no sólo genera condiciones de intensas rivalidades de poder entre las distintas facciones de las élites sociales y políticas, sino que pueden también conducir a amplias capas de la población a una situación de profunda inseguridad e incertidumbre. Los efectos de tales cambios históricos sobre las vidas individuales son arbitrarios, frecuentemente devastadores, y difíciles de entender. En tales circunstancias, para muchas personas comunes, la reivindicación de la identidad de grupo se torna atractiva, siendo tal vez lo único que les ayuda a darle cierto sentido a lo que les está ocurriendo. Por consiguiente, sean cual sean los temas controvertidos, en un conflicto que surge de cambios y desestabilización tan grandes, los dirigentes políticos tendrán mayores posibilidades de movilizar a sus correligionarios si presentan las cosas como una batalla por la identidad, orgullo y justicia nacional.

En otras palabras, no es la diversidad étnica como tal que causa conflictos armados, sino las políticas étnicas. Lo peligroso, pues, es la inserción de diferencias étnicas en las lealtades políticas y la politización de dichas diferencias.

A la hora de explicar el colapso de la antigua Yugoslavia cabe recordar que no solo era un estado multiétnico sino que, además, había tenido una historia más que centenaria de etno-nacionalismo. La etnicidad estaba politizada desde antiguo, y el período de gobierno de Tito (1945 a 1980) no fue una excepción. Mientras que Tito reprimía aquellas políticas nacionalistas que pudiesen amenazar la unidad de la República Socialista Federal de Yugoslavia, al mismo tiempo distribuía el poder constitucional y político según líneas etno-nacionales. Este enfoque configuró las instituciones del estado y del partido. Tras la muerte de Tito, el gobierno quedó en manos de una presidencia que cambiaba anualmente entre las seis repúblicas y las dos provincias que constituían la Federación. Por ende, cuando, en 1987, el nacionalismo se afirmó como la principal corriente política en Yugoslavia, no se trataba de un fenómeno nuevo, ni era producto de la “sangre caliente” de esos pueblos. Era el producto directo del sistema político.

El renovado vigor del nacionalismo comenzó en Serbia, donde Slobodan Milosevic fue el primer líder comunista de la era pos-Tito a jugar la carta nacionalista, en 1987. Dos años después, la política nacionalista serbia ya había suscitado respuestas, primero en Eslovenia, luego Croacia. Y en cuanto las rivalidades nacionalistas comenzaron a ser manejadas por los dirigentes de las distintas repúblicas, se produjo el impulso hacia el desmembramiento, ayudado por el sistema de presidencias de turno.

Milosevic, sin embargo, no deseaba destruir la Federación. Su objetivo inicial era movilizar apoyo popular para obtener el control del partido serbio (Little y Silber, 1996). El primer ejemplo de promoción del sentimiento sistemático de injusticia, que luego explotaría abundantemente, fue el documento de 50 páginas redactado por la Academia Serbia de Artes y Ciencias en 1986. Actualmente es un documento famoso: 16 académicos se quejaban extensamente acerca del trato injusto del pueblo serbio en la Constitución yugoslava de 1974 y, especialmente, del “genocidio” contra los serbios en Kosovo (Vetlesen, 2000).

No es importante para nuestro argumento saber si Milosevic realmente creía o no en la injusticia o el resentimiento que manipulaba en pos de la movilización política. En la antigua Yugoslavia, ni Milosevic (quién primero apostó por la carta nacionalista), ni el líder esloveno Milan Kucan (quién la jugó en segundo lugar) tenían antecedentes nacionalistas alguno. Mientras que Franjo Tudjman, de Croacia, el líder bosnio Alia Izetbegovic y muchos contendientes por el liderazgo de los albaneses kosovares, sí pueden ser considerados como nacionalistas convencidos. Pero, cualquiera fuesen las diferencias personales, en cada caso llegaron al poder de la misma manera: movilizándolo el apoyo popular en torno al tema de la injusticia nacional. Y dichas percepciones contrarias de la injusticia crearon una mezcla explosiva que luego fragmentó a Yugoslavia.

Tampoco importa mucho si un observador externo comparte el sentimiento de injusticia de tal o cual parte de la población de la antigua Yugoslavia, o si considera que, objetivamente, el programa político de uno o más dirigentes podría realmente subsanar la injusticia sufrida por sus pueblos. La clave está en lo que la gente misma piensa, y en si un líder puede y consigue explotar dicho sentimiento.

Los llamados conflictos étnicos, pues, son en realidad conflictos sobre el poder o sobre el acceso a recursos económicos (incluyendo recursos medioambientales que es un caso que no se aborda en este artículo) que asumen una máscara étnica. Las diferencias étnicas, por consiguiente, son de suma importancia no tanto como la causa exclusiva del conflicto armado, sino como el instrumento de movilización utilizado por dirigentes políticos. En resumidas cuentas, las diferencias étnicas desempeñan un papel importante en la explicación pero no debe acapararla.

Cuando recurrimos a la metáfora de una “máscara étnica” para centrar la atención sobre esta particular estrategia de movilización política, no debe interpretarse erróneamente como infravaloración de la realidad o de la importancia del sentimiento de identidad en conflictos violentos u otros. Por ejemplo, es indudable que las guerras ruso-chechenas de los años 90 se caracterizan por un sentido profundo, claro y amargo de la identidad étnica chechena, así como por el generalizado racismo ruso contra los chechenos. Por más de 200 años han existido movimientos chechenos contra el dominio ruso. Pero aun así, el conflicto entre Rusia y Chechenia no puede ser comprendido cabalmente si sólo se aborda la dimensión étnica.

Existen interesantes similitudes entre este conflicto y la fragmentación de Yugoslavia. La lucha por el poder entre las nuevas y las antiguas élites políticas fue un elemento significativo en la escalada hacia la guerra entre Rusia y Chechenia en 1994. Ciertamente fue un factor determinante en la toma del poder en Chechenia por parte del general Dzokhar Dudayev y sus aliados en agosto y septiembre de 1991 (Tishkof, 1997, pp 200-206). Los dirigentes chechenos y rusos parecieron incapaces de detener la escalada hacia la guerra abierta en el segundo semestre de 1994, en parte debido a las deficiencias gubernamentales de ambas partes (Lieven, 1998, pp 80-84; 94-96) y por otra parte debido a las maniobras por el poder entre rivales tanto en Chechenia (Tishkof, 1997, pp 216-218) como en Moscú (Shapiro, 1995).

La tragedia es que, una vez puesta la máscara étnica, es muy difícil quitarla. Cuando el renacimiento del sentimiento de grupo coagula en torno al resentimiento y las quejas, sobre todo en tiempos de crisis o guerra, parece producir odios irreconciliables y conflictos prolongados y frecuentemente cíclicos.

Tal vez el caso más claro sea la rivalidad entre hutus y tutsis en Burundi y Ruanda. Sin embargo, eso encono no remonta a los orígenes del tiempo: fueron los administradores coloniales quienes definieron a ambos grupos como diferentes y luego procedieron a favorecer uno a costas del otro. Esta situación engendró resentimientos y, desde la fecha de la independencia, dirigentes políticos sistemáticamente explotaron el sentimiento de agravio del grupo para mantener (o impugnar) el poder, lo cual resultó en cuarenta años de guerras y masacres (Copson, 1994). Por su parte, el conflicto entre cingaleses y tamiles, en Sri Lanka, también evolucionó de manera similar después de la independencia, con sentimientos de injusticia comparables que impulsaron una prolongada guerra civil (Uyangoda, 1996).

Uno de los factores constantes en los procesos de movilización que condujeron a esos conflictos es el ferviente apoyo popular a la causa de uno o ambos grupos antagónicos. La creencia en la causa es estar convencido de su razón y justicia. Tanto los serbios como los albaneses en Kosovo, antes de la guerra de 1998 y 1999, resentían fuertemente las injusticias que, según cada cual, les aquejaban. Tanto hutus como tutsis en Burundi y Ruanda pueden hacer conmovedores recuentos de las injusticias perpetradas contra ellos por los otros. Tanto cingaleses como tamiles en Sri Lanka pueden enumerar los numerosos agravios infligidos por la otra parte.

En muchos conflictos armados actuales las tácticas y estrategias de una o ambas partes incluyen ataques directos contra la población civil (limpieza étnica, masacres y violaciones sistemáticas en Bosnia-Herzegovina y Ruanda; bombardeo de zonas civiles en Chechenia, etcétera). El recuerdo de tales horrores perpetúa el amargo sentimiento de identidad de grupo, abonando un terreno fértil para la movilización y la revancha.

8. Conclusiones

Aunque los resultados teóricos en la bibliografía académica son por ahora bastante limitados, también son importantes puesto que centran la atención en factores clave como las malas condiciones económicas, la ausencia de apertura política, y los daños medioambientales, mientras que, al mismo tiempo, nos advierten que no se debe concebir la diversidad étnica en sí misma como causa del conflicto armado.

La investigación académica se ha concentrado principalmente en el estudio de las condiciones socioeconómicas y políticas de largo plazo que generalmente subyacen en los conflictos armados actuales. Pero para poder utilizarlo como una contribución al análisis de casos concretos de conflicto armado también es indispensable vincular aquellas condiciones profundas a factores de más corto plazo que deben igualmente recalcar.

En este artículo hemos presentado dos formas de establecer dicho vínculo. Primero, una metodología que permite organizar el material teórico y empírico, y que puede, por tanto, orientar el análisis. Segundo, un enlace conceptual que articula temas de largo y corto plazo: los conceptos de justicia y movilización. Pero mientras que el mundo y los países continúen estando social y económicamente estructurados de manera injusta, siempre habrán personas que resientan la injusticia y dirigentes que deseen consolidar su poder mediante la explotación de ese sentimiento de agravio. Por tanto, la justicia es la clave del análisis del conflicto, y de la paz.